

La política británica después del Brexit

por Lily McNulty-Bakas



La política británica, normalmente estable y disciplinada ante cambios repentinos y perturbadores, ha visto como su modus operandi ha recibido un golpe por parte del referéndum del Brexit. Los partidos políticos han experimentado un flujo extraño en el último mes, un flujo que ha sido mayor que el que viven normalmente en unas elecciones normales. Los acontecimientos se han sucedido a una velocidad mareante, desorientando unos espectadores que han intentado mantener la concentración.

Deberíamos ver el Brexit como un catalizador atrasado de una situación que había ido escalando desde hacía tiempo. Una situación cultivada durante los últimos años por la negligencia y el débil liderazgo de los líderes parlamentarios, los cuales han mostrado poca voluntad de enfrentarse a las facciones más euróforas de sus propios partidos, y por falsedades cínicas publicadas por editores de medios de comunicación sin escrúpulos, motivados por sus propios intereses y para vender el mayor número de ejemplares. También es cierto que la peculiar relación entre Gran Bretaña y Europa no ha sido nunca suficientemente cercana debido a una miríada de factores, desde su posición geográfica hasta su estrecha relación con el anglosfera y las antiguas colonias. Por si fuera poco, los sucesivos gobiernos británicos han utilizado la UE como chivo expiatorio y como mecanismo de distracción para las problemáticas internas.

Si prestamos atención a desarrollos más recientes, nos daremos cuenta de que los gobierno británicos han llevado a cabo, como muchos otros estados miembros de la Unión, medidas económicas devastadoras basadas en la austeridad, como respuesta a la crisis financiera iniciada en 2008. El clima inseguro que se genera a partir de estas medidas pone toda la presión sobre la durabilidad de la cohesión social, la cual se estrecha cuando el gobierno se llena la boca con discursos anti-inmigración por miedo a perder sus votantes, los cuales pueden marchar hacia partidos abiertamente contrarios a los inmigrantes, y demoniza las clases bajas, sin olvidar que se hace con un discurso que defiende la seguridad para poder mantener sus agendas e intereses, y distraer a la gente de las políticas de austeridad. Con todo ello, y cuando la prensa conservadora se inflama con islamofobia mientras acusa a la UE de no hacer nada, el Brexit puede posicionarse como el único remedio del pueblo británico.

El referéndum fue el producto de un manifiesto de David Cameron, que tenía como objetivo frenar los votantes tories que podían caer dentro del saco del UKIP y Nigel Farage, al tiempo que neutralizar toda rebelión o motín que pudiera aparecer dentro del ala euroescéptica de su propio partido. El Partido Laborista también ha tenido una relación complicada con la UE y está ampliamente dividido ante el apoyo hacia la Unión. Incluso podríamos afirmar que el *Remain*, una alianza de rivales sin espíritu integrador ni ninguna motivación para luchar juntos, podría verse condenado casi desde el principio.

Gran Bretaña se despertó el día de San Juan como una nación dividida, presentando un 52% contra 48% a favor de la salida del país de la Unión Europea. Un aparente agujero generacional en el que el 73% de las personas con edad entre 18 y 24 años votaron a favor de quedarse se vio contrarrestado con un 60% de las personas mayores de 60 años de edad, que prefirió votar a favor de la salida de la UE. También ha habido diferencias dramáticas entre las naciones que forman el Reino Unido, como por ejemplo Escocia, donde el 62% votó a favor del *Remain*, lo que ha desencadenado que se plantee repetir un referéndum sobre su continuidad dentro de Gran Bretaña.

La misma mañana en que se supo el resultado del referéndum, David Cameron dimitió y comenzó la carrera para sucederle. Gran Bretaña absorbió el choque de su decisión de salir de la Unión Europea y ahora se veía resbalando por una pendiente mientras su primer ministro, demasiado embadurnado por el resultado del referéndum, debía poner fin a sus seis años de mandato de forma abrupta. Durante la semana dramática post-referéndum, apareció una sucesión de líderes: Liam Fox, Stephen Crabb, Michael Gove, Boris Johnson, Andrea Leadsom, y Theresa May, quien ha acabado triunfando.

El ex alcalde de Londres, Boris Johnson, se convirtió en el favorito en la carrera sucesoria. De todos modos, menos de una semana después Johnson sorprendió a todos en un acto en el que había de anunciar su candidatura diciendo que se apartaba. El problema era Michael Gove, el cual comenzó apoyando Boris Johnson para luego retirarlo. Al mediodía, el favorito por el liderazgo tory aparecía con un puñal en la espalda, clavado por parte del mismo hombre que supuestamente tenía que ayudarlo a convertirse en primer ministro, una situación que ha terminado nombrándose *The Cuckoo Nest Plot*, la conspiración del Nido del Cuco.

Theresa May, quien fue la ministra del Interior con David Cameron, y quien había hecho campaña a favor de quedarse en la UE, se posicionó como la candidata de la unión del partido y del país después del referéndum divisivo. La segunda primera ministra Gran Bretaña llegó al número 10 de Downing Street desde el Palacio de Buckingham el miércoles 13 de julio, y allí mismo pronunció sus primeras palabras como nueva primera ministra. May ha llegado a Downing Street en medio de uno de los periodos más turbulentos de la política británica, sin mucha preparación. May prometió curar al país de sus heridas y construir puentes. Se presentó sobre todo como garante de las clases medias británicas y del centro político, diciendo que el gobierno implementaría el Brexit y volvería a concentrarse en las prioridades de la gente que más lo necesita. Por otra parte, May se sacudió en George Osborne, ministro de finanzas con Cameron y arquitecto de seis años de austeridad y recortes. De todas formas, mientras el lenguaje de May parecía centrista y conciliador, la designación de los Ministerios escenifica un movimiento hacia la derecha.

Echar a Osborne supuso una guerra relámpago de 24 horas que se extendió el fin de semana posterior ya que May continuó su sacrificio desapiadada dentro de su propio set de Notting Hill, construyendo su "gabinete de la unidad". Boris Johnson, a la cabeza de los defensores del Brexit que trabajarían junto con defensores del *Remain*, como el nuevo ministro de finanzas Philip Hammond, fue nombrado ministro de Exteriores ante la sorpresa de mucha gente, incluso de su gente. Sin embargo las personas que se sientan en el "gabinete de la unidad" tienen opiniones muy diferentes sobre Europa y otras cuestiones. El gobierno de May está dividido entre los que, como Hammond, insisten en mantener una relación estrecha con el mercado único europeo, y otros como Johnson, que defienden que el Reino Unido podría sobrevivir fuera del mercado único. May también debe verse las caras con el futuro del Reino Unido, ya que el SNP ha vuelto a reivindicar su deseo para la independencia escocesa ante la afirmación "Brexit significa Brexit".

Más allá de todo esto, May ha recibido la presión de la oposición para que convocara elecciones anticipadas, algo que ya ha prometido no hacer. Tim Farron, el nuevo líder liberal demócrata, afirmó que la gente merecía mucho más que un gobierno de sutura tory, criticando fuertemente los conservadores británicos de haber metido al país al caos y declarando que era inaceptable que May fuera "la primera ministra sin haber ganado ni una elección dentro de su propio partido". Aunque su legado es difícil, May tiene una dinámica política incuestionable. En la oposición al Gobierno de Su Majestad, se encuentra un *Labour* embadurnado en una batalla por el liderazgo e incapaz de presentar ningún escrutinio político serio.

Jeremy Corbyn, a pesar de haber perdido el voto de censura por su liderazgo, ha resistido todo convite de irse. Puede encontrar un resumen de los comentarios sobre los acontecimientos dentro del Partido Laborista y de la moción de censura interna [en este enlace](#). Desde entonces, Corbyn ha hecho un hueco en la lista para unas eventuales elecciones internas para escoger el liderazgo laborista, desencadenadas por la que fue su ministra de economía en la sombra, Angela Eagle, seguido de un voto el próximo comité ejecutivo nacional del partido. El comité ejecutivo nacional del *Labour* decidió que sólo los militantes con más de seis meses de antigüedad dentro del partido podrían votar, debiendo pagar 25 libras, y no las 3 libras que muchos simpatizantes de Corbyn tuvieron que pagar cuando el líder se presentó a las primarias laboristas el año pasado. Esta decisión ha desencadenado críticas por la exclusión que supone para con muchos simpatizantes, ya que afecta al 20% de las bases laboristas, casi más de 500.000 personas.

De hecho, Angela Eagle se retiró el 19 de julio tras que se diera cuenta que no podría con Owen Smith. La carrera por el liderazgo laborista queda entre dos figuras, Corbyn y Smith, y no conoceremos el resultado hasta el 24 de septiembre. Esta situación sin precedentes aparece debido a fracasos dentro de la organización del partido y por los conflictos surgidos por las diferentes visiones de la democracia interna. Se habla abiertamente de una secesión dentro del Partido Laborista, con un parlamento presentando dos *Labours*.

Podemos contrastar este terremoto laborista con la poderosa máquina mediática tory, la que trabajó con fuerza para establecer una primera ministra que le fuera fiel y que le ayudara a preservar su poder. El más grave de los acontecimientos dentro de los dos principales partidos con representación en las Casas del Parlamento de Westminster es que la gobernación interna, de aparato, ha devuelto dentro de los partidos, a pesar de su responsabilidad calamitosa para la división más catastrófica vivida en Gran Bretaña en los últimos años. La crisis política se encuentra ahora a la izquierda, con una casi ausencia de oposición.

La Gran Bretaña del Brexit es una situación extraña, una en la que su campeón, en Nigel Farage, dimite el 4 de julio diciendo “Durante el referéndum dije que quería que me devolvieran a mi país... Ahora quiero que me devuelvan mi vida”. Una situación en la que otro influyente *Brexiter*, Boris Johnson, muere y revive en una semana. Una situación en la que el principal partido de la oposición, con menor responsabilidad por el terremoto, está mucho peor que el partido de gobierno. Aunque hemos sido testigos de los efectos económicos a corto plazo y por un incremento en crímenes xenófobos, aún no podemos afirmar cuál será el legado final de la campaña tóxica en favor del Brexit. Lo que es seguro es que el actual drama político británico aún no ha terminado.

Imagen: Morguefile.com